

Claus y Lucas

A*

Agota Kristof

Claus y Lucas

Traducción de Ana Herrera y Roser Berdagué

Primera edición en Libros del Asteroide, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Título original:

Le grand cahier © Editions du Seuil, 1986

La preuve © Editions du Seuil, 1988

Le troisième mensonge © Editions du Seuil, 1991

© de la traducción de *El gran cuaderno* y *La prueba*, Ana Herrera Ferrer, 2007, 2019

© de la traducción de *La tercera mentira*, Roser Berdagué Costa, 1993, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Ulf Andersen

Imagen de la cubierta: © Leo O'Brien, National Science and Media Museum

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-74-4

Depósito legal: B. 1.948-2019

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El gran cuaderno

La llegada a casa de la abuela

Venimos de la gran ciudad. Hemos viajado toda la noche. Nuestra madre tiene los ojos rojos. Lleva una caja de cartón grande y nosotros dos una maleta pequeña cada uno con su ropa, además del diccionario grande de nuestro padre, que nos vamos pasando cuando tenemos los brazos cansados.

Andamos mucho rato. La casa de la abuela está lejos de la estación, en la otra punta del pueblo. Aquí no hay tranvía, ni autobús, ni coches. Solo circulan algunos camiones militares.

Apenas hay transeúntes, el pueblo está silencioso. Se oye el ruido de nuestros pasos; caminamos sin hablar, nuestra madre en medio, entre nosotros dos.

Ante la puerta del jardín de la abuela, nuestra madre dice:

—Esperadme aquí.

Esperamos un poco y después entramos en el jardín, rodeamos la casa, nos agachamos debajo de una ventana de la que vienen las voces. La voz de nuestra madre dice:

—Ya no tenemos nada que comer en casa, ni pan, ni carne, ni verduras, ni leche. Nada. No puedo alimentarlos.

Otra voz dice:

—Y entonces te has acordado de mí. Durante diez años no te has acordado. No has venido ni has escrito.

Nuestra madre dice:

—Sabe muy bien por qué. Yo quería a mi padre.

La otra voz dice:

—Sí, y ahora te acuerdas de que también tienes una madre.

Llegas y me pides que te ayude.

Nuestra madre dice:

—No le pido nada para mí. Solo me gustaría que mis hijos sobreviviesen a esta guerra. Bombardean la ciudad día y noche, y ya no hay nada que comer. Evacúan a los niños al campo, a casa de parientes o de extraños, a cualquier sitio.

La otra voz dice:

—Solo tenías que enviarlos a casa de algún extraño, a cualquier sitio.

Nuestra madre dice:

—Son sus nietos.

—¿Mis nietos? Ni siquiera los conozco. ¿Cuántos son?

—Dos. Dos chicos. Gemelos.

La otra voz dice:

—¿Qué has hecho con los otros?

Nuestra madre pregunta:

—¿Qué otros?

—Las perras tienen cuatro o cinco cachorros cada vez. Se quedan uno o dos y a los demás los ahogan.

La otra voz se ríe muy fuerte. Nuestra madre no dice nada y la otra voz pregunta:

—¿Tienen padre, al menos? No estás casada, que yo sepa. No me invitaste a tu boda.

—Sí que estoy casada. Su padre está en el frente. No tengo noticias de él desde hace seis meses.

—Entonces ya puedes ponerle una cruz.

La otra voz se ríe de nuevo, nuestra madre llora. Volvemos a la puerta del jardín.

Nuestra madre sale de la casa con una vieja.

Nuestra madre nos dice:

—Esta es vuestra abuela. Os quedaréis con ella un tiempo, hasta que acabe la guerra.

Nuestra abuela dice:

—Puede ser mucho tiempo. Pero yo les haré trabajar, no te preocupes. La comida no es gratis aquí tampoco.

Nuestra madre dice:

—Os mandaré dinero. En las maletas está su ropa. Y en la caja, sábanas y mantas. Sed buenos, pequeños. Os escribiré.

Nos besa y se va llorando.

La abuela se ríe muy fuerte y dice:

—¡Sábanas y mantas! ¡Camisas blancas y zapatitos de charol!
¡Ya os enseñaré yo a vivir, ya veréis!

Le sacamos la lengua a nuestra abuela. Ella se ríe más fuerte aún, dándose palmadas en los muslos.

La casa de la abuela

La casa de la abuela está a cinco minutos andando de las últimas casas del pueblo. Después ya solo queda la carretera polvorienta, pronto cortada por una barrera. Está prohibido ir más lejos, un soldado monta guardia allí. Tiene una metralleta y unos prismáticos y, cuando llueve, se mete dentro de una garita. Sabemos que más allá de la barrera, oculta entre los árboles, hay una base militar secreta, y detrás de la base, la frontera y otro país.

La casa de la abuela está rodeada por un jardín al fondo del cual corre un río, y después está el bosque.

En el jardín tiene plantado todo tipo de verduras y árboles frutales. En un rincón hay una conejera, un gallinero, una pocilga y una caseta para las cabras. Hemos intentado montar al lomo del cerdo más gordo, pero es imposible permanecer encima.

La abuela vende las verduras, las frutas, los conejos, los patos y los pollos en el mercado, así como los huevos de las gallinas y patas y quesos de cabra. Los cerdos se los vende al carnicero, que le paga con dinero, pero también con jamones y salchichones ahumados.

También hay un perro para ahuyentar a los ladrones y un gato para cazar ratas y ratones. No hay que darle de comer, para que tenga hambre siempre.

La abuela posee también una viña al otro lado de la carretera.

Se entra en la casa por la cocina, que es grande y está caliente. El fuego está encendido todo el día en el hogar de leña. Junto a la ventana hay una mesa enorme y un banco de rincón. En ese banco dormimos nosotros.

Desde la cocina, una puerta lleva a la habitación de la abuela, que siempre está cerrada con llave. Solo va la abuela por las noches, para dormir.

Existe otra habitación donde se puede entrar sin pasar por la cocina, directamente desde el jardín. Esa habitación está ocupada por un oficial extranjero. La puerta también está cerrada siempre con llave.

Bajo la casa hay una bodega llena de cosas de comer y, debajo del tejado, un desván donde la abuela ya no sube desde que le separamos la escalera y se hizo daño al caer. La entrada del desván está justo encima de la puerta del oficial, y nosotros subimos con la ayuda de una cuerda. Allí es donde guardamos el cuaderno de las redacciones, el diccionario de nuestro padre y los demás objetos que nos vemos obligados a esconder.

Pronto nos fabricamos una llave que abre todas las puertas y hacemos unos agujeros en el suelo del desván. Gracias a la llave, podemos circular libremente por la casa cuando no hay nadie y, gracias a los agujeros, podemos observar a la abuela y al oficial en sus habitaciones, sin que se den cuenta.

La abuela

La abuela es la madre de nuestra madre. Antes de venir a vivir a su casa no sabíamos que nuestra madre aún tenía madre.

Nosotros la llamamos abuela.

La gente la llama la Bruja.

Ella nos llama «hijos de perra».

La abuela es menuda y flaca. Lleva una pañoleta negra en la cabeza. Su ropa es gris oscuro. Lleva unos zapatos militares viejos. Cuando hace buen tiempo va descalza. Su cara está llena de arrugas, de manchas oscuras y de verrugas de las que salen pelos. Ya no tiene dientes, al menos que se vean.

La abuela no se lava jamás. Se seca la boca con la punta de la pañoleta cuando ha comido o ha bebido. No lleva bragas. Cuando tiene que orinar, se queda quieta donde está, separa las piernas y se mea en el suelo, por debajo de la falda. Naturalmente, eso no lo hace dentro de casa.

La abuela no se desnuda jamás. La hemos visto en su habitación, por la noche. Se quita una falda y lleva otra debajo. Se quita la blusa y lleva otra blusa debajo. Se acuesta así. No se quita la pañoleta.

La abuela habla poco. Salvo por la noche. Por la noche, coge una botella que tiene en un estante y bebe directamente a morro. Al cabo de poco se pone a hablar en una lengua que no cono-

ce mos. No es la lengua que hablan los militares extranjeros, es una lengua completamente distinta.

En esa lengua desconocida, la abuela se pregunta cosas y ella misma se responde. A veces se ríe o bien se enfada y grita. Al final, casi siempre, se echa a llorar, se va a su habitación dando traspiés, se deja caer en la cama y la oímos sollozar mucho rato por la noche.

Los trabajos

Estamos obligados a hacer determinados trabajos para la abuela, porque si no no nos daría de comer y nos dejaría pasar la noche fuera.

Al principio, nos negamos a obedecerla. Dormimos en el jardín, comemos fruta y verdura crudas.

Por la mañana, antes de que salga el sol, vemos a la abuela salir de la casa. No nos dice nada. Va a alimentar a los animales, ordeña las cabras, después las lleva a la orilla del río, donde las ata a un árbol. Después riega el jardín y recoge verduras y frutas, que carga en su carretilla. Pone también una cesta llena de huevos, una jaula pequeña con un conejo y un pollo o un pato con las patas atadas.

Se va al mercado, empujando la carretilla, cuya cincha, pasada por su cuello delgado, le hace bajar la cabeza. Se tambalea bajo el peso. Los baches del camino y las piedras la desequilibran, pero sigue andando, con los pies hacia fuera, como los patos. Va andando hacia el pueblo, hasta el mercado, sin pararse, sin apoyar la carretilla ni una sola vez.

Al volver del mercado, prepara una sopa con las verduras que no ha vendido y mermeladas con la fruta. Come, va a echar la siesta a su viña, duerme una hora y después se ocupa de la viña o, si no hay nada más que hacer, vuelve a la casa, corta leña y

alimenta de nuevo a los animales, trae las cabras, las ordeña, se va al bosque y trae setas y leña seca, hace queso, seca las setas y las judías, llena frascos con las demás verduras, riega de nuevo el jardín, ordena las cosas en la bodega y así sucesivamente hasta que cae la noche.

La sexta mañana, cuando sale de casa ya hemos regado el huerto. Le cogemos de las manos los pesados cubos de la comida de los cerdos, llevamos las cabras a la orilla del río, la ayudamos a cargar la carretilla. Cuando vuelve del mercado, estamos a punto de cortar leña.

Durante la cena, la abuela dice:

—Ya lo habéis entendido. El techo y el alimento hay que ganárselos.

Nosotros decimos:

—No es eso. El trabajo es pesado, pero mirar sin hacer nada a alguien que trabaja es mucho más pesado aún, sobre todo si es un viejo.

La abuela dice, sarcástica:

—¡Hijos de perra! ¿Queréis decir que os doy pena?

—No, abuela. Solo nos avergonzamos de nosotros mismos.

Por la tarde vamos a buscar leña al bosque.

A partir de entonces hacemos todos los trabajos que somos capaces de hacer.

El bosque y el río

El bosque es muy grande, el río es muy pequeño. Para llegar al bosque, hay que atravesar el río. Cuando hay poca agua, podemos atravesarlo saltando de una piedra a otra. Pero a veces, cuando ha llovido mucho, el agua nos llega a la cintura, y el agua está fría y fangosa. Decidimos construir un puente con los ladrillos y las tablas que encontramos alrededor de las casas destruidas por los bombardeos.

Nuestro puente es sólido. Se lo enseñamos a la abuela. Ella lo prueba y dice:

—Muy bien. Pero no vayáis demasiado lejos por el bosque. La frontera está cerca, los militares os dispararían. Y, sobre todo, no os perdáis. Yo no iría a buscaros.

Al construir el puente, hemos visto peces. Se esconden bajo las piedras grandes o a la sombra de los arbustos y los árboles cuyas ramas se unen en algunos puntos por encima del río. Elegimos los peces más grandes, los cogemos y los metemos en la regadera llena de agua. Por la noche, cuando los llevamos a la casa, la abuela dice:

—¡Hijos de perra! ¿Cómo los habéis cogido?

—Con las manos. Es facilísimo. Basta con quedarse quieto y esperar.

—Pues coged muchos. Tantos como podáis.

Al día siguiente la abuela se lleva la regadera en la carretilla y vende nuestros pescados en el mercado.

Vamos a menudo al bosque, no nos perdemos nunca, sabemos en qué lado se encuentra la frontera. Los centinelas no tardan en conocernos. No nos disparan nunca. La abuela nos enseña a distinguir las setas comestibles de las venenosas.

Del bosque traemos haces de leña a la espalda, setas y castañas en las cestas. Apilamos la leña bien ordenada contra las paredes de la casa, bajo el tejadillo, y tostamos las castañas en el hogar, si la abuela no está.

Una vez, en medio del bosque, junto a un enorme agujero hecho por una bomba, encontramos un soldado muerto. Todavía está entero, solo le faltan los ojos a causa de los cuervos. Le cogemos el fusil, los cartuchos y las granadas; escondemos el fusil en un haz de leña y los cartuchos y las granadas en las cestas, debajo de las setas.

Una vez en casa de la abuela, envolvemos cuidadosamente esos objetos con paja y unos sacos de patatas y los enterramos bajo el banco, ante la ventana del oficial.

La suciedad

En nuestra casa, en la ciudad, nuestra madre nos lavaba a menudo. Bajo la ducha o en la bañera. Nos ponía ropa limpia, nos cortaba las uñas. Para cortarnos el pelo, nos llevaba al peluquero. Nos cepillábamos los dientes después de cada comida.

En casa de la abuela es imposible lavarse. No hay cuarto de baño, ni siquiera hay agua corriente. Hay que ir a bombear el agua del pozo en el patio y llevarla en un cubo. No hay jabón en la casa, ni dentífrico, ni productos para hacer la colada.

En la cocina, todo está sucio. Las baldosas rojas, irregulares, se pegan a los pies, la mesa grande se pega a las manos y los codos. El hogar está completamente ennegrecido por la grasa y las paredes a su alrededor también, a causa del hollín. Aunque la abuela friegue los cacharros, los platos, las cucharas y los cuchillos nunca están del todo limpios, y las cazuelas están cubiertas de una espesa costra de mugre. Los trapos son grisáceos y apestan.

Al principio, ni siquiera nos apetecía comer, sobre todo cuando veíamos cómo cocina la abuela, sin lavarse las manos y limpiándose los mocos con la manga. Después ya no hacemos caso.

Cuando hace calor, vamos a bañarnos al río, nos lavamos la cara y los dientes en el pozo. Cuando hace frío es imposible lavarse del todo. No existe ningún recipiente lo bastante grande

en la casa. Nuestras sábanas, mantas y ropa de baño han desaparecido. No volvimos a ver la caja grande en la que nuestra madre trajo esas cosas.

La abuela lo vendió todo.

Cada vez estamos más sucios, y nuestra ropa también. Vamos sacando ropa limpia de nuestras maletas de debajo del banco, pero pronto ya no nos queda ropa limpia. La que llevamos se va rompiendo, los zapatos se nos gastan y se agujerean. Cuando es posible, vamos descalzos y no llevamos más que un calzoncillo o un pantalón. La planta de los pies se nos endurece, ya no notamos las espinas ni las piedras. Nos ponemos morenos, tenemos las piernas y los brazos cubiertos de arañazos, de cortes, de costras, de picaduras de insecto. Las uñas, que no nos cortamos nunca, se nos rompen; el pelo, casi blanco a causa del sol, nos llega hasta los hombros.

La letrina está al fondo del jardín. Nunca hay papel. Nos limpiamos con las hojas más grandes de determinadas plantas.

Ahora tenemos un olor mezcla de estiércol, pescado, hierba, setas, humo, leche, queso, barro, porquería, tierra, sudor, orina y moho.

Apestanos como la abuela.